



Anales del Instituto de Investigaciones
Estéticas

ISSN: 0185-1276

iieanales@gmail.com

Instituto de Investigaciones Estéticas
México

García BARRAGÁN, Elisa

Reseña de "Salvador Moreno Manzano (1916-1999)"

Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas, vol. XX, núm. 73, otoño, 1998, pp. 233-236

Instituto de Investigaciones Estéticas

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=36907312>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

ELISA GARCÍA BARRAGÁN
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ESTÉTICAS, UNAM

Salvador Moreno Manzano *(1916-1999)*

EN EL NICHOS QUE encierra las cenizas de Salvador Moreno Manzano en el Cementerio Civil de San Juan de las Abadesas en Cataluña, España, sólo se le cita como maestro, escueta leyenda, pues él fue eso y mucho más; sin embargo, en su parquedad, la referencia conlleva el reconocimiento al magisterio que el investigador mexicano consiguiera en las varias disciplinas por las que su persecución de la estética le llevó. Una pluralísima obra lo define con excelencia en su sendero sembrado de las empresas que abordó este intelectual inquietísimo. Sus realizaciones las alternó con compromisos prácticos en justa correspondencia con su prédica. Aunque es claro que concedió una especial preeminencia al conocimiento, a la inspiración sobre la praxis en la indagación permanente del arte. Artista él mismo, tuvo la facilidad, el balance perfecto para entender a otros creadores y de esa manera divulgar su grandeza.

Nacido en la ciudad de Orizaba, Veracruz, muy niño se trasladó a la ciudad de México; su ascendencia española lo llevó a relacionarse con personalidades provenientes del exilio de aquel país como, por sólo citar algunos, los pintores Soledad Martínez y Ramón Gaya, los escritores Concha Chacel, Juan Gil Albert y Luis Cernuda; de ahí que su encuentro con el mundo del arte haya sido temprano. Él mismo recordaba la importancia, lo que significó en su juventud el contacto con tan relevantes figuras. A partir de entonces aquella creatividad y aquella vasta cultura que permeaban el ambiente en que se desenvolvió fueron los puntos de referencia estética, modelos paradigmáticos para el joven mexicano.

Salvador Moreno se desarrolló dentro de la diversidad de afectos, de actividades que caracterizarían su vida. El primero, su aprecio por la música: él mismo fue compositor. Recuerdo su ópera *Severino* y sus canciones en náhuatl, tal vez la más famosa fue *To huey Tlahtzin Cuauhtémoc*. Igualmente fue musicólogo: muchos de sus textos así lo señalan. Al respecto, alguno de sus críticos apuntó que ese quehacer lo llevó dentro de los linderos de la estética, “del filosofar sobre el arte sonoro”. La elevada actitud musical le valió conceptos elogiosos de otra de sus sobresalientes amigas, María Zambrano. De su música también se opinó que ésta siempre se daba a partir de la poesía.

Llevó a cabo su labor musical, como todo lo que emprendía, con seriedad. Estudió en el Conservatorio Nacional de Música y, años más tarde, composición con Cristóbal Talltabull, en Barcelona. Viajó a Europa, primero a España, luego a Francia, para a seguidas seleccionar Barcelona como la ciudad en la que mejor podía desenvolverse en el contacto con otras disciplinas, para apropiarse de nuevos terrenos: la pintura, la poesía y la historia del arte. Uno de sus amigos entrañables, Francisco de la Maza, fue quien lo aproximó al Instituto de Investigaciones Estéticas; como constancia de este acercamiento están sus “Notas sobre música”, aparecidas en el número 8 del volumen II de *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 1942, y, aunque no sería hasta la década de los sesenta cuando se incorporaría como investigador especial a esta dependencia universitaria, su intercambio con los investigadores en la amistad y la cultura no cesarían.

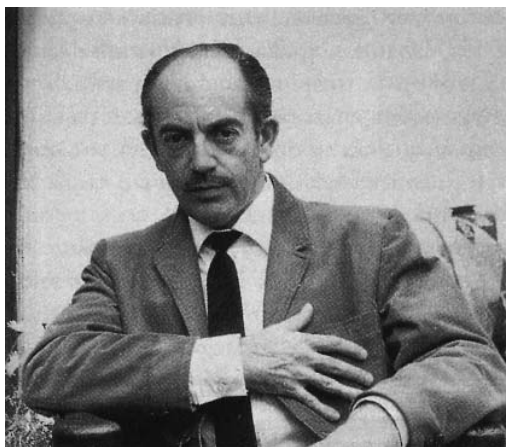
Ya residiendo en Barcelona, y como resultado de sus contactos con el ambiente artístico de aquella ciudad, se despertó ampliamente su interés por la historia y la crítica del arte. Su primer trabajo de trascendencia fue la monografía del pintor catalán Pelegrín Clavé, libro que editó el Instituto de Investigaciones Estéticas en 1966 y trabajo ejemplar que Justino Fernández, entonces director del Instituto, definiría como “investigación realizada con todo esmero y entusiasmo... muestra el camino para llevar a cabo otras...” En efecto, Salvador Moreno ya trabajaba en su siguiente indagación.

Si el azar lo envolvió en el interés por los artistas que fueron los reformadores de la plástica mexicana, desde la renovada y decimonónica Academia Mexicana de San Carlos, si el estudio sobre Pelegrín Clavé fue su primera aportación de envergadura, precisamente desde el feliz encuentro con los descendientes de aquel pintor conseguiría aproximarse en sus pesquisas a la familia del otro gran maestro, el escultor Manuel Vilar. Aquí se

podría decir que con gran habilidad combinaría un aprendizaje humanista con un azar dirigido. Una monografía más, *El escultor Manuel Vilar* (1969), compañero de Clavé en la transformación, a partir de 1847, de aquella Escuela, sería su siguiente aportación al Instituto. A partir de entonces, casi sin interrupciones, su quehacer de historiador del arte sería editado por el Instituto de Investigaciones Estéticas. Así, en 1979 vio la luz *Manuel Vilar, copiadore de cartas y diario particular*. En 1982, otra importantísima monografía: *El pintor Antonio Fabrés*. Y en 1990, *Pelegrín Clavé. Lecciones estéticas*. Con estos últimos trabajos completaba la revisión de las reformas propuestas por los artistas catalanes para implantar en nuestro país, inicialmente la estética academicista y a seguidas las variaciones, el eclecticismo en la plástica finisecular.

Parecieran grandes los lapsos entre cada uno de los libros publicados por el Instituto de Investigaciones Estéticas, pero hay que aclarar que las emociones de Salvador Moreno se diversificaban en varios otros intereses; esto, claro está, sin interrumpir sus investigaciones. De igual manera subrayar sus compromisos de índole más práctica: gracias a tales acciones, rescató la obra escultórica mexicana del siglo xix, que sufría gran deterioro en las bodegas de la entonces Escuela de Arquitectura de la Universidad Nacional Autónoma de México, y culminó exitosamente el intento de devolverle su prístina belleza. El cuidado de este acervo importantísimo contó con el respaldo de dos publicaciones: el catálogo de la exposición en el Museo Nacional de San Carlos, en donde se exhibieron dichas esculturas, y un sintético pero revelador estudio en la revista *Artes de México*.

Sería en Barcelona donde primero se reconoció el gran valimiento de sus tareas y se le expresó gratitud por divulgar a los artistas catalanes que establecieron una estrecha relación entre los dos países, México y España, al igual que por los puentes de admiración y afecto, de intercambios culturales que tendió entre aquella ciudad y sus amigos mexicanos. Una doble corriente cultural de ida y regreso. Las Academias de San Fernando de Madrid y San Jorge de Barcelona lo acogieron entre sus conspicuos miembros; la honestidad hacia su credo estético lo hizo renunciar a la primera institución al tener diferencias al respecto con algunos de sus colegas. Por lo que hace a México, el reconocimiento ante su gran talento motivó en 1996 un importantísimo homenaje en el Palacio de Bellas Artes, coordinado por el Centro Nacional de Investigación, Documentación e Información Musical del Instituto Nacional de Bellas Artes, del que queda un valioso libro: *Detener el tiempo*.



Escritos musicales. Se trata de una selección de sus textos sobre música.

Muchos otros fueron los afanes que se inscribieron en el discurrir vital de Salvador Moreno. Es imprescindible mencionar las incursiones en la pintura. Sus exposiciones en México y en España despertaron interés, aceptación y una buena crítica; no podía ser de otra manera, pues se trataba primordialmente de naturalezas muertas. Cuadros de composiciones delicadas de fluyentes armonías, expresiones que se relacionan con la diaria existencia humana como reflejo luminoso de un universo corpóreo de diáfanas transparencias, aciertos que transparentan ecos, influjos de la creatividad de Ramón Gaya.

La limitante de esta nota luctuosa impide un acercamiento más cabal a las vías totales en las que quedó establecida la articulación de su estética. Sólo se trata aquí de hacer patente el afecto y la dolida sensación por la pérdida que para el Instituto de Investigaciones Estéticas significó el deceso de Salvador Moreno.♣